
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

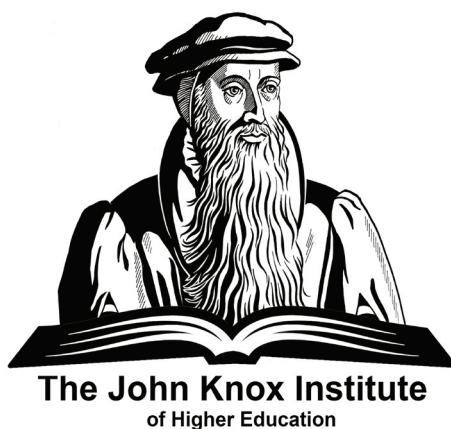
Lección 108:

Las preguntas de Habacuc y las respuestas de Dios

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge
Dr. Daniel Sweetman



Confiendo nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 108

LAS PREGUNTAS DE HABACUC Y LAS RESPUESTAS DE DIOS

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 108

El profeta Habacuc fue contemporáneo de Jeremías, Nahúm y Sofonías. Es probable también que profetizara durante el reinado de Josías, pero la composición del libro, probablemente, tuvo lugar durante el reinado de Joacim. Es generalmente aceptado que la referencia a los babilonios en el versículo 6, sitúa al libro dentro del siglo VII a. C.

Una datación más precisa de la profecía ha levantado controversia. Las fechas propuestas se dividen en tres períodos: el reinado de Manasés, que fue entre el 697 y 642 a. C., el reinado de Josías que reinó entre el 640 y 609 a. C., y el reinado de Joacim entre el 609 y 598 a. C. Usando las referencias históricas como guía, muchos comentaristas concluyen que Habacuc escribió este libro entre el 612 y 587 a. C., donde la mayoría prefieren entre el 607 y 606 a. C., como fecha de composición. Esto sería un poco antes que los caldeos llevaran a los primeros cautivos de Jerusalén.

Sabemos que, en el reinado de Josías, se hizo todo el esfuerzo posible por reformar a Judá, tanto política como religiosamente. Más esfuerzos se llevaron a cabo cuando se encontró el libro de la Ley en el templo. Lamentablemente para Judá, Josías fue asesinado en batalla en el 609 a. C., en un intento de interceptar el avance del ejército egipcio.

El pueblo hizo rey a su hijo Joacaz, pero el faraón Necao lo destronó y puso en el trono a Joacim en su lugar. Joacaz sólo reinó tres meses, y fue el primer rey que murió en el exilio. Joacim fue, básicamente, un vasallo, y no solo permitió, sino que fomentó que la nación volviera al culto pagano, y a un estilo de vida impío. Por tanto, la condición espiritual de Judá era deplorable; era una época caracterizada por la maldad, la corrupción y un evidente menospicio por Dios y Su Palabra.

Habacuc escribió en un tiempo de crisis internacional y corrupción nacional. Babilonia acababa de emerger como una potencia mundial. Cuando los babilonios se rebelaron contra Asiria, Judá experimentó un breve período de alivio, reflejado en las reformas iniciadas por Josías. Los asirios se vieron obligados a concentrar sus esfuerzos para detener la rebelión babilónica. Los babilonios, finalmente, aplastaron al imperio asirio, y rápidamente procedieron a derrotar a los que una vez fueron los poderosos egipcios. Un nuevo imperio mundial se estaba extendiendo por todo el mundo. Pronto los babilo-

nios alcanzarían a Judá, y se llevarían a sus habitantes al cautiverio. En vísperas de la destrucción inminente, en un período de incertidumbre y temor, Habacuc escribió su mensaje.

El nombre de Habacuc en hebreo significa «abrazar» o «el que abraza». Martín Lutero lo tomó en el sentido activo, y vio a Habacuc como alguien que abrazaba a su pueblo para consolarlo y sostenerlo. Jerónimo, un padre de la iglesia, vio a Habacuc como alguien que abrazaba el problema de la justicia divina en un mundo impío. Otros prefieren el sentido pasivo, y describen a Habacuc como alguien abrazado por Dios como Su hijo y mensajero.

No se sabe dónde nació, ni sabemos nada sobre él, excepto lo que se puede inferir del texto. A la luz de las referencias musicales, algunos concluyen que tuvo un papel oficial en los servicios de adoración, lo que significaría que era un levita.

Habacuc se caracteriza por su profunda sensibilidad. A diferencia de muchas de las otras profecías que hemos estudiado hasta ahora, Habacuc es más un diálogo que una profecía que pronuncia juicio o condena la conducta de Judá. Habacuc presenta su queja directamente a Dios, y pregunta por qué parece prevalecer la injusticia. Se lamenta por el pecado y la aparente falta de respuesta de parte de Dios. Sin embargo, el Señor responde que el pecado y la iniquidad serán castigados, pero en el tiempo del Señor, y a través de los medios que el Señor designe.

Habacuc comienza preguntándole al Señor cuánto tiempo más tendrá que clamar a Dios antes de que Dios lo escuche. Su pregunta implica que el profeta ha estado clamando a Dios durante un tiempo. «¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás, y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? — él continúa — ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que mire aflicción, y que despojo y violencia estén delante de mí, habiendo quien levante pleito y contienda?».

El profeta no consigue entender absolutamente nada de lo que está pasando. No ve nada bueno a su alrededor; solo abunda el pecado, que se manifiesta en violencia y corrupción. Él sabe que Dios podría hacer algo al respecto, pero a él le parece como si Dios se hubiera olvidado de él: Nadie está cumpliendo la ley, los impíos prevalecen sobre los justos, y el buen y sano juicio ha desaparecido.

Ahora el Señor va a responder a la primera pregunta de Habacuc acerca de por qué Dios permite que el pecado prospere en la comunidad del pacto. ¿La respuesta? Se encuentra en las naciones paganas alrededor de Judá. Dios va a usar a los caldeos (también llamados babilonios) para castigar a Judá. Ellos invadirán la tierra y nada los va a detener. Dios los describe de esta manera: «Sus caballos serán más ligeros que leopardos y más agudos que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán; vendrán de lejos sus jinetes, volarán como águilas que se apresuran a devorar».

Ellos no van a tener miedo de nada ni de nadie, ni siquiera de los reyes ni de los príncipes. No hay fortaleza que sea capaz de resistirlos. Sin embargo, atribuirán todas sus victorias a su propia fuerza, sin darse cuenta de que Dios es quien les está permitiendo castigar a Judá, y este orgullo será su ruina. Habacuc está comenzando a entender: Sí, Judá será castigada por su pecado, y Dios usará a esta nación pagana, Babilonia, para llevar a cabo este juicio.

Pero ahora el profeta tiene otro dilema: ¿Cómo puede Dios permitir que los malvados prosperen? Habacuc reconoce la majestad y el poder de Dios, y cómo Dios ordenó este método de juicio, pero simplemente no puede entender cómo Dios permite que estas naciones impías sigan en su pecado. Él dice: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, y no puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los que hacen deslealtad y callas cuando el impío destruye al más justo que él...?». Habacuc se pregunta cómo Dios puede solo mirar en silencio mientras los malvados llevan a cabo esta atrocidad contra el propio pueblo de Dios, ¡incluso cuando lo merecen! Pero, él ha expresado su queja o argumento, y ahora el profeta dice que esperará la respuesta del Señor a su pregunta: ¿Por qué Dios permite que los impíos triunfen?

La voluntad decretada por Dios se cumplirá. Hay un tiempo señalado en el cual esta visión se cumplirá, y sus límites están establecidos por Dios. Dios contrasta a los orgullosos babilonios, que no son nada rectos, con los justos, de quienes dice que vivirán por fe. Esto también puede ser un recordatorio para el mismo Habacuc.

Luego, el Señor establece lo que va a suceder, y cómo el juicio de los impíos también está decretado. Él dice: «Porque tú has despojado a muchas naciones, todos los otros pueblos te despojarán, a causa de la sangre humana, y de la violencia de la tierra, de las ciudades y de todos los que moran en ellas». En otras palabras, ellos van a recibir exactamente lo que han causado, y más.

Dios presenta una serie de ayes:

- ¡Ay del que codicia maligna codicia para su casa, para poner en alto su nido, para escaparse del poder del mal!
- ¡Ay del que edifica la ciudad con sangre y del que funda la villa con iniquidad!
- ¡Ay del que da de beber a sus compañeros, que les acercas tu hiel y también los embriagas para mirar su desnudez!
- ¡Ay del que dice al leño: Despiértate; y a la piedra muda: Levántate! ¿Podrá él enseñar? He aquí, él está cubierto de oro y plata, y no hay espíritu alguno dentro de él.

Los paganos orgullosos piensan que están triunfando, pero no es así. Su caída y su juicio están por venir. Mientras tanto, «Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra». ¡Qué contraste entre los dioses falsos, las naciones paganas y un Dios santo y majestuoso! Con toda razón, nadie puede cuestionar ni desafiar al Señor.

El capítulo 3 es esencialmente un salmo, y así es como Habacuc termina su libro. Él comienza con: «Oh Jehová, he oído tu palabra y temí; oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia». Ahora él entiende.

Durante la mayor parte de este capítulo, Habacuc describe cómo Dios lleva a cabo Su juicio. Él describe el poder y la grandeza de Dios. Cuando él reflexiona sobre todo lo que Dios hará y sobre quién es Dios, tiembla ante la presencia de Dios. Se da cuenta que él no es nada ante la majestad de Dios, y ve cómo Dios es siempre justo en todo lo que hace.

Él concluye de esta manera: «Aunque la higuera no florezca ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo y los labrados no den mantenimiento, las ovejas sean quitadas de la majada y no haya vacas en los corrales, con todo, yo me alegraré en Jehová y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová, el Señor, es mi fortaleza, el cual pondrá mis pies como de ciervas y me hará andar sobre mis alturas. Al jefe de los cantores sobre mis instrumentos de cuerda». No importa lo que suceda, Habacuc se someterá a la voluntad de Dios, y lo alabará por ello.

Habacuc no sólo se muestra sumiso, sino que él también demuestra que comprende el propósito de Dios. Aunque el libro no explica por qué Dios permite que el mal domine por un tiempo, sí nos muestra cómo deben reaccionar los justos ante tales condiciones: los justos deben vivir por fe. Habacuc afirma el control soberano de Dios sobre toda la historia, y reconoce que las naciones paganas sólo pueden dominar si esa es la voluntad del Señor.